

que la utilización del Español es inseparable de cualquier política teatral mínimamente coherente. Otro debate será el de cómo conseguir la mayor rentabilidad social de la sala —y, por lo tanto, de los millones que cuesta su mantenimiento, y en este caso, además, su restauración—, pero está fuera de dudas que el Español, por su emplazamiento y sus características, es, con independencia de las muy respetables tradiciones históricas que lo definen, un local necesario, cuyo largo período de cierre se ha hecho sentir, pese a las deficiencias de su anterior gestión, sobre la vida teatral madrileña.

Queda, pues, en pie una primera evidencia: la necesidad de que el Español fuera recuperado. Y en íntima relación con ella, la de que el esfuerzo no se limite a restaurar el local, sino a la de arbitrar cuanto permita su más comunitario aprovechamiento.

Respecto a los términos de la "restauración", nada dice la referencia del Pleno. Pero parece que, tratándose de un teatro, sería un error limitarse a poner el edificio como estaba. Que las características arquitectónicas y ornamentales, en razón al valor histórico de la sala, deben ser las mismas parece obvio. Pero los teatros han sufrido importantes evoluciones, tanto en lo que se refiere a su dotación técnica como a la conformación del dispositivo escénico. ¿Se han estudiado a fondo las posibles mejoras que, en estos y otros sentidos, toleraba el Español? La cifra consignada y el papel que debería cumplir el Español permiten hacerse esta pregunta, no sólo referida a la "sala" propiamente teatral, sino a ese cúmulo de espacios complementarios, nacidos un día para reafirmar la diferencia de clases en los entre actos y hoy aprovechables para más noble destino.

Paralelamente a la noticia de la "restauración" del Español, nos llega la del avanzado estado del proceso que debe liquidar la vigente Ley sobre Salas de Espectáculos. Sabido es que dicha Ley —con su correspondiente reglamento— nació, sobre todo, para proteger a los espectadores de la tragedia del incendio. El papel desempeñado por ella ha sido, sin embargo, bien distinto. De hecho ha establecido el "monopolio" empresarial, confiando el "medio de producción" a un número cerrado de personas, propietarias o arrendatarias de los locales existentes. Como, además, el cumpli-

miento de la normativa suponía la construcción de salas costosas, su utilización se ha sometido a los principios de la explotación capitalista. El empresario de local no sólo ha procurado obtener el mayor rendimiento —privando, lógicamente, en la programación el criterio económico sobre cualquier otro—, sino que, cuando este rendi-

miento ha estado por debajo del que correspondía al valor del local, lo ha dedicado a cine o lo ha vendido. Numerosos Bancos, almacenes o grandes hoteles se alzan hoy sobre los solares de antiguos teatros, derribados, simplemente, cuando su rentabilidad no correspondía al precio del solar.

La consecuencia de la vieja



"El último vals": "rock", cine y una despedida

Próxima a estrenarse en España la película de Martin Scorsese que recoge parte de la actuación de despedida del grupo canadiense *The Band*, también nos ha llegado muy recientemente el triple disco que contiene material de tan histórico acontecimiento musical (1). Cinta y grabación transpiran igualmente una misma atmósfera de nostalgia y alguna tristeza, por el sentido final del encuentro. Pero los momentos de buena música compensan seguramente esta y otras pequeñas constataciones: no hay que olvidar que aquel largo día desfilaron por el majestuoso y un tanto "demode" escenario una larga serie de primeras figuras del "rock" y de la escena "pop", todos ellos ligados de una u otra forma con el conjunto de Robbie Robertson, Levon Helm, Garth Hudson, Rick Danko y Richard Manuel: allí estuvo, por ejemplo, el primitivo "lead" y compañero del quinteto, el también canadiense Ronnie Hawkins; estuvieron veteranas y legendarias figuras del "papá" "blues", muy especialmente Muddy Waters, y el más joven y blanco —pero no por ello menos impetuoso— Paul Butterfield, con su armónica desgarradora; estuvieron presentes, cómo no, amigos de la talla de Joni Mitchell, Neil Young (¡qué gran interpretación suya la de "Helpless"!); Ronnie Wood, Van Morrison, los Staple Singers, Ringo Starr, Emmilou Harris, Neil Diamond (misterios del "show business") y, por supuesto, en el plato fuerte final el mismísimo Bob Dylan, tantas veces acompañado por *The Band* ("Planet Waves", "Isle of Wight", "Basenert Zapes").

Si como cine musical la cosa funciona, y mucho, gracias a la destreza de Scorsese para meternos en el recital y merced, igualmente, a su buen sentido del montaje —intercalando conversaciones con los miembros de la Banda—, como disco resulta asimismo un homenaje a toda una generación, y una suerte de reconocimiento final de la tremenda calidad de unos músicos —generalmente poco valorados— como fueron los autores de obras tan espléndidas como "Chest Fever", "Stage freight" o "Moondog matinee"; el final de toda una época gloriosa. ■ ALVARO FEITO.

(1) *The Band: "The last waltz"* (álbum triple, Hispavox).

ley habría sido, pues, negativa en un doble sentido: en el de imponer un "monopolio" —que obligaba a los actores a aceptar las condiciones fijadas por la empresa de local— y en el de eliminar, a la hora de defender la actividad teatral, y salvando las excepciones de rigor, a un elemento sustancial, para quien siempre existía la posibilidad —que no tenían los profesionales de la escena— de transformar la sala en dinero e invertirlo en un negocio saneado.

Esto, al fin, va a terminar. Y es casi seguro que, a comienzos de la próxima temporada, nuevas y elásticas normas de seguridad se conciliarán con una amplia y razonable liberación de los locales.

Los cientos de millones destinados al Español me parecen indisociables de esta derogación de la actual legislación sobre salas de espectáculos. Porque, en otro caso, lo que debe ser entendido como defensa de un bien cultural —el Español— volvería a ser, una vez más, la protección del viejo santuario familiar... ■ JOSE MONLEON.

MUSICA

Una Rábida concreta

El Festival Musical de La Rábida se celebra todos los años dentro de las fiestas de Huelva; lo recordamos, desde las épocas más represivas frente a todo lo que significase cultura, como una especie de lugar abierto a vientos atlánticos, punto de cita de culturas latinas con un denominador común no dependiente tan sólo del idioma, sino —y sobre todo— del sentido. El Festival de La Rábida era un lugar en el que se hacían oír voces conflictivas —en algún momento Soledad Bravo, Mercedes Sosa...—, voces animadas por la gracia de un lenguaje antirrepresivo, por la luz de una lucha.

Este año el Festival no ha sido testimonio de lucha alguna; no ha habido representantes de ese folklore (que significa literalmente "sabiduría popular") en pugna con poderes infernal-estatales. Los representantes musicales de distintos países latinoamericanos se han limitado a ejercer de la mejor manera posible su función de entretener y divertir a la gente, sin plan-